

El suero de Milton

-¿Bohemio yo?

Martín caminaba apurado de regreso al laboratorio. No podía creer lo que acababa de pasarle: Julia, la chica linda del club, por fin le había hablado, pero sólo para decirle: “Disculpá, no es nada personal, no me cabe tu onda bohemia”. Sin darse cuenta, en medio de la calle gritó:

-¡No soy un vagabundo!

¿*Habrá sido la campera?*, pensó. No estaba seguro pero, ante la duda, apenas salieron del club se la regaló a Fermín. Debía ser eso. Imposible saber lo que piensan las mujeres, siempre calladas, serias y correctas por fuera, pero por dentro llenas de teorías inexplicables, improbables, que lo dejan a uno sin pantalones haciendo dedo en Constitución.

-¡La puta madre!

Encima tenía poco tiempo: si quería llegar antes de que el Doctor Milton se fuera a su casa tendría que correr. Era una urgencia y él lo entendería... o no... El experimento había sido convincente, por no decir impresionante, definitivo. El viejo gallo inglés, siempre rechazado por las gallinas, al tomar el suero de Milton había fecundado a todas en una sola noche. Claro que al principio Martín no entendía por qué el Doctor lo había llamado para ver aquella escena de pornografía animal, por momentos salvajemente explícita; “Ciencia” lo había llamado, pero cuando Milton le contó la historia completa, Martín entendió que había logrado algo grande.

Ahora su idea era convencerlo de que le hiciera un suero para personas, porque esa noche era el baile de fin de año y a él no le bastaría con cambiar de campera para conquistar a Julia, y más porque ya era muy difícil que lograra cambiar la idea que ella se había hecho de él en los segundos que te dan las minas. No era que él estuviese enamorado ni nada así, pero sentía que su nombre estaba en juego. Había confesado a sus amigos que Julia le gustaba, y si no quería quedar como un perdedor al menos tendría que lograr robarle un beso, uno convincente. Luego volvería con ellos y diría algo así como: ¿Y? ¿Qué cuentan de nuevo?

Al doblar la esquina y llegar al portón del laboratorio, vio la reja baja y las luces apagadas.

-¡No...!

Al instante sacó el teléfono y, oh casualidad, tenía un mensaje de Milton:

“Martín, disculpame que te moleste, tuve que salir temprano del trabajo para ir a una granja acá a unos kilómetros a buscar un gallo lo bastante feo para las pruebas, y pasa que me olvidé de alimentar al gato. Dejé una llave arriba del marco de la puerta del laboratorio, ¿podrías pasar unos minutos hoy y darle de comer a Susan, por favor? Gracias. Te debo una”.

Sin poder creer cómo había cambiado el viento de la situación, Martín se puso en puntas de pie y pasó los dedos por sobre el marco de la puerta de servicio.

-¡Sí! ¡Vamos, la puta madre!

Para ingresar, debió cruzar el pasillo hasta el fondo del terreno; una vez allí, a derecha e izquierda estaban los gallineros, y en una jaula más pequeña, en un rincón, el viejo gallo inglés.

-Susan... Susan... michi michi michi... ¿dónde estás?

Sin detenerse a mirar, llenó con alimento balanceado el cacharro del gato y esperó unos segundos. De los techos vecinos descendió Susan, la gata negra que no podía maullar por haber sufrido de pequeña un accidente.

-Vos comé tranquila que yo ya vengo y shhh, no se te ocurra hacer ruido, eh...

Volvió sobre sus pasos y entró en el laboratorio del Doctor Milton. En el armario había una buena cantidad de recipientes con diversos contenidos. El lugar le recordó a una dietética, y sobre el escritorio halló un maletín metálico y costoso que no tardó en abrir: en su interior, dos tubos de ensayo herméticamente cerrados, uno con un líquido verde claro y el otro azul. El primero Milton lo había utilizado en el gallo, pero no sabía por qué había otro, revelación que lo dejó perplejo unos segundos hasta que recordó: *Disculpá, no es nada personal, no me cabe tu onda bohemia.*

-¡La puta madre!

El gusto era espeso, amargo y ácido. Y cómo picaba... Agua, necesitaba agua. Cerró el maletín y volvió a los corrales, donde creía haber visto una canilla; la abrió desesperado y colocó la boca en la salida del agua como un perro para no vomitar. Cerró el grifo y, sentado en el suelo, comenzó a notar que todo le daba vueltas. Susan le saltó sobre las piernas y lo miró; luego abrió la boca como para maullar, pero no se escuchó nada. Temió no volver a recuperarse pero tras unos segundos el mareo comenzó a irse.

-Menos mal, la puta madre...

Fué a su casa tan rápido como pudo. De camino sintió calor, mucho calor; intentó tranquilizarse... era verano, sí, pero aquel había sido un día frío, como para

campera. Necesitaba llegar, bañarse y vestirse para el baile. Eran sólo unas cuerdas. A medida que avanzaba se sintió invadido por una corriente de energía: de repente se largó a correr sin control.

-¡Pero la puta madre, dónde estoy!

Quiso responderse pero se dio cuenta de que se había pasado tanto que había llegado a lo de Fermín. Miró la hora y entendió que no había tiempo.

-¡Fermín! ¡Bajá, abríme!

Fermín se asomó al balcón del segundo piso.

-Voy...

-Traeme la campera que tengo frío.

-¿Cuál, la bohemia?

-Es la única que te presté, pelotudo, bajala...

La más mínima brisa le ponía a Martín la piel de gallina. Para dejar de temblar debió entrar al pequeño hall del edificio gracias a la cortesía de un vecino. Su cuerpo estaba endemoniado, y las hormonas...

-¡La puta madre!

Fermín salió del ascensor arreglado para el baile, con la campera de Martín colgada al hombro.

-¿Podés no gritar en mi casa, que te escuchan los vecinos? ¿Qué te pasa?

-Perdón, perdón. Después te cuento...

-Estás pálido, ¿te sentís bien?

-Algo que comí me cayó mal.

-¿Querés que abortemos? A mí no me jode...

-No, no. Las chicas van a estar ahí, no podemos faltar...

-Como quieras...

Iban a paso lento y por momentos Martín se detenía sin aire, como si fuera a vomitar, pero luego se recuperaba y le pedía a Fermín que se apurase, que iban a llegar tarde.

-Decime la verdad, Martín, ya estamos grandes... Te drogaste, ¿no?

-¿Pero qué decís, pelotudo? ¿Vos me ves cara de drogado?

Martín intentó mantener una expresión de seriedad que le salió a la perfección, pero sus pupilas eran dos enormes bola ocho de pool.

Presentaron en la entrada sus carnets de socios y cruzaron el terreno de parques y canchas de fútbol, pádel y tenis, hasta llegar al salón del bufete donde se hacía el evento. Durante el año la mesa grande estaba repleta de comida para llevar, pero ahora mostraba sólo copas de champagne a medio servir. Había pequeños grupos de jóvenes aquí y allá; algunos se mezclaban pero en general se dividían por deportes. Julia estaba entre las chicas de voley; si bien no era buena jugadora, las chicas del club no eran celosas ni envidiosas; tenían espíritu competitivo, sí, pero también de equipo, y siempre se cuidaban la espalda. Para hablarle, Martín debería esperar que avanzara un poco más la noche, y sin embargo resultaba vital hacer una pasada glamorosa por el centro del salón para que ella lo viese y supiera que el "bohémio" no se acobardaba.

Ya en ruta hacia el centro del salón, comenzó a escuchar que la voz de una chica se distinguía entre la multitud:

¿Ese no es Martín? Qué fuerte que está... no entiendo como Ju pudo decirle eso, esa campera que tiene está re bien, elegante y le combina con los pantalones beige que le marcan las piernas fornidas de jugar al fútbol. Qué gemelos debe tener, y esos ojos verdes... Está para chapárselo de una, de una, mal...

Contento de provocar semejante impresión, Martín decidió que ya había cumplido y se dirigió hacia el baño. Aunque le dolía la cabeza, podía escuchar a la perfección el murmullo que venía del salón y distinguir conversaciones. Sus sentidos debían estar agudizándose por el suero y se preguntaba qué otros efectos tendría, más específicamente en la cama. Sonrió ante la idea, y al mirarse en el espejo descubrió que Juan y Manzano, junto a él, lo miraban divertidos.

-¿Qué pasa, Marto? ¿Ya te pegó el champagne?

-Debe ser eso, sí -dijo Martín -. ¿Cómo fué el partido?

-Ganamos por tres goles de Manzano: los del Bajo no pueden con nuestra formación. ¿Vos qué onda? Escuché por ahí que Julia te cortó menos diez... ¿Puede ser?

-Ah, ni enterado... no hay que darle bola a las cosas que se dicen por ahí, hoy justamente pienso concretar con Julia, así que si quieren pueden mirar, después del brindis la encaro...

-¡Esa, titán! Como capitán del equipo puntero tenés el derecho, pero no la cagues, eh, que para esa piba hay fila, por ejemplo Manzano, acá presente.

-Sí, está linda la Julia -aportó Manzano-, lo único, yo que vos me saco la campera...

Juan largó una carcajada, y tras palmarlo con fuerza entre los dos, ambos amigos salieron del baño. Sin quitar la mirada de su reflejo, Martín volvió a arreglarse el pelo. No había llegado a bañarse, lo que era bastante malo, pero con el suero se sentía tan animado que ni siquiera se molestó en olerse las axilas.

En el salón, la multitud crecía, cada vez había menos lugar donde ubicarse, el murmullo era variado y estridente, y sin embargo las risas y gritos esporádicos no parecían afectar el oído de Martín, que escuchó:

Mirá, ahí llegaron los de rugby, pura fuerza bruta, máquinas de desvirgar; conozco a varias a las que les vendría bien salir con alguno de esos descerebrados, al menos un par de veces. Qué calor, y qué difícil no transpirarse las tetas con tantas luces... encima creo que me va a venir, y en el apuro no agarré tampón, bueno, las chances de que alguien lo note son mínimas, quizás pierdo un chorrillo nomás, ya casi se me va...

Martín no podía encontrar a la chica que hablaba, y no podía creer que nadie le notara la lengua de camionero... ¿Quién sería? Seguro está borracha, pensó, pero por más que miró hacia el grupo de Julia no había nadie hablando...

La única que seguro liga algo esta noche es Ju, ¿quién otra? Encima es tan buena que ni se da cuenta de cómo la buitrea los pibes de fútbol y handball; ojalá a mí alguien me mirara así, pero claro, acá la materia gris no atrae ni a los zombies del club de tiro...

Nadie parecía reaccionar a lo que decía aquella voz que lo incomodaba, pero no había tiempo para distracciones: el Presidente del club, terminado su discurso de agradecimiento, llamaba a los socios a brindar. Fermín alzó su copa y la vació de un

trago; luego miró a Martín y con un gesto le señaló a los pibes de fútbol que brindaban al otro lado del salón.

Trasladarse, copa en mano, sin volcársela en la campera por aquella cantidad de hormonas adolescentes fue un desafío, y Martín no se sentía nada bien: si tenía que ser honesto, quizás aquel suero para gallos no había hecho más que intoxicarlo, pero a medida que se acercaba al grupo de voley la voz le dio coraje:

Ahí viene de nuevo Martín, qué churro, está para comérselo de un bocado, con o sin dulce de leche. ¡Ay, no! ¡Viene para acá, chicas! ¿Viene a hablar conmigo? ¡Me vuelvo loca!

Al llegar junto a ellas, Martín tan solo dijo:

-Hola...

-Hola -respondió Julia al ver que él la miraba sólo a ella-, ¿cómo está el bohemio del club?

¡Ay, qué mala que es Ju! Si está re bien. No le falta nada de nada...

Martín volteó hacia las amigas del grupo para agradecer el comentario, pero Carla y Jimena hablaban entre sí sin prestarle atención, y Laura, la más fea, que lo miraba en silencio, de inmediato apartó la vista.

¡Qué ojos, la puta madre! Me lo morfo...

Julia dijo:

-¿Te sentís bien?

-Eh... sí -dijo Martín-, como nunca, mejor imposible. Linda noche, ¿no?

-Sí, lástima que esté tan lleno el salón, como que sobra gente... ¿no, chicas?

Carla y Jimena rieron a coro ante el comentario; Laura, callada, recorría a Martín de arriba abajo.

Lo que sobra es ese pantalón, pero si me das un segundo te lo soluciono...

-Perdón, disculpen... no me siento bien. Debe ser el champagne...

-Más bien será esa campera -insistía Julia-, hay que ser rarito para tenerla puesta acá adentro...

Yo se la dejo y me lo garcho todo.

Es Laura, pensó Martín, la voz es de Laura, por alguna razón puedo escuchar lo que piensa...

-¡Putá madre! -gritó mientras se abría paso en el salón; detrás se escuchaban las risas de las chicas de voley y las de los pibes de fútbol. Fermín intentó detenerlo, pero él no podía quedarse ahí un segundo más. Los pensamientos de Laura bajaban de volumen a medida que él se alejaba del salón; al llegar a la puerta del club, dejó de escucharla por completo y terminó de un trago su champagne mientras se sentaba en la vereda. Después de esa escena humillante estaba todo transpirado y ahora era seguro que Manzano aprovecharía para acercarse a Julia. Había perdido, pero eso era lo de menos: no podía vivir así, escuchando los pensamientos de Laura, que no sólo no le gustaba sino que además era vulgar y usaba aparatos... De inmediato, buscó el teléfono y le escribió al doctor:

“Milton, tiene que ayudarme, estoy en problemas. Cuando fui a darle de comer a Susan me tomé el atrevimiento, digamos tuve el arrebató, de ingerir el suero verde. Sé que estuve mal y le pido disculpas, pero era una emergencia, quería acercarme a una chica del club y no sabía cómo... la cuestión es que no sólo la noche fue un desastre,

sino que ahora de repente puedo escuchar los pensamientos de una de las pibas, sólo una... pero insoportable, en fin, le pido por favor que me ayude lo antes posible, tiene que haber una forma de revertir esto”.

-¡Putá madre!

Un taxi se detuvo en la puerta y de su interior emergió una voz:

Por fin llegamos, no puedo creer lo mal que maneja este tipo: cuando pasó el semáforo en rojo pensé que nos íbamos a matar. No sé por qué no pedimos un remis, tendría que haber insistido; siempre igual, nunca digo lo que tengo que decir cuando tengo que decirlo. Voy a tener que contárselo a mi analista...

Tres corpulentas chicas de hockey bajaron del taxi en silencio, y mientras se acomodaban ropa y maquillaje Martín escuchó:

Encima, con lo caro que es este Schultz, si las chicas supieran lo que mis viejos gastan en mi terapia pensarían que estoy para el psiquiátrico. Y qué incómoda esta tanga... definitivamente no tendría que haber comido esa porción de torta antes de salir; bueno, al menos todavía no me descompuse como Sofi, que antes de salir siempre le agarra cagadera, pobre, no entiendo qué la pone tan nerviosa de salir de noche, debe tener algún trauma sin resolver y la familia no tiene guita para mandarla a terapia, aunque bueno, para lo que sirve...

Martín las vió mostrar las credenciales en la entrada y perderse en el camino que atravesaba los parques hacia el salón; le vibró el celular y era Milton:

“Martín, querido, lo que hiciste fue una locura: ¡Era un suero experimental! ¿Cómo te lo mandaste a la boca? No tengo la menor idea de por qué podés escuchar

los pensamientos de nadie, no tendría que pasar nada así, lo más probable es que estés teniendo un brote psicótico...”

“Doctor, tiene que ayudarme -escribió Martín-, acabo de escuchar los pensamientos de otra piba del club, me estoy volviendo loco. ¡AYUDA!”

Milton comenzó a tipear, borró y volvió a escribir:

“No te preocupes. Andá a tu casa, tomá mucha agua y descansá. Mañana sábado al mediodía pasate por el laboratorio, yo ya estoy volviendo. Nos vemos ahí, y por favor: ni una palabra de esto a nadie. Si el problema sigue, se me ocurren un par de cosas que podríamos probar...”

Martín no logró dormir en toda la noche: vivía en un primer piso, frente a una avenida muy concurrida, y de cuando en cuando alguna mujer pasaba por allí con pensamientos que le llegaban con la claridad de un home theater. Qué vulgar es la mente de la mujer, pensó: ruidosa, insegura y neurótica, todo un infierno.

La mañana fue aún peor: aún con auriculares puestos, los pensamientos ganaban protagonismo: imposible vivir así. Martín se levantó con el canto chillón de una vecina que al parecer no podía ni pensar la música en el tono correcto. Llegó a lo de Milton a las once de la mañana y la reja estaba baja, pero tras la puerta se escuchaba actividad. El doctor salió a abrirle, y bajo el brazo llevaba el gallo más horrible que Martín hubiera visto en su vida; le faltaban plumas, y uno de los ojos era ciego y gris.

-Te ves terrible, Martín, pasá, pasá... -dijo Milton, mientras acariciaba al animal con el revés de su mano- ¿cómo te sentís? ¿Seguís escuchando cosas?

-Sí, y son reales, doctor, estoy cien por ciento seguro: voy a volverme loco. Quiero mi vida de vuelta, tiene que ayudarme...

-Claro, claro... lo que me decís tiene sentido. Mi suero potencia una secuencia del ADN específica de la reproducción de los gallos para hacerlos evolucionar, ¿entendés? En tu caso, te da la propiedad de percibir los pensamientos de las hembras a fin de aparearte, pero no actúa sobre todas, sólo sobre la secuencia dominante en tu ADN. Pensá... -Ya en el patio del fondo, Milton metió el gallo en una pequeña jaula a un costado-. ¿Qué tienen en común las mujeres a las que podés escuchar? El suero azul que tengo en el maletín puede ayudarte, pero necesito ajustarlo para contrarrestar el efecto sin generarte un daño colateral.

-Eh.. No sé, son todas mujeres, qué sé yo...

-¿Negras, blancas, chinas? Hablame de la primera...

-¿Laura Cabanchitzky?

-Ahí está.

-No entiendo.

-Cabanchitzky es un apellido judío.

Martín tardó unos segundos en entender.

-¿Me estás diciendo que soy judío? Pero mis abuelos son de Misiones, nada que ver...

-No, digo que la secuencia de ADN afectada en tu caso pertenece a un gen judío, puede venir de hace cientos de años pero claramente está ahí...

-Ahora que lo pienso, una de las voces se atendía en terapia con un analista de la cole... No te puedo creer... Soy judío... Milton, tiene que ayudarme, no puedo vivir así...

-Tranquilo: ahora, con este dato clave, estoy seguro de que puedo revertir el efecto. Sólo tengo que pedirle una muestra de ADN a mi secretaria, que también es de la cole, y trabajar unas semanas. Pero vas a tener que esperar porque hoy es shabat.

-No sé si pueda esperar tanto...

Con el repentino sonido del timbre, Milton se mostró alarmado...

-¿Esperaba a alguien, doctor?

-No, qué raro... Voy a mirar, ya vuelvo.

Desde la calle golpearon la puerta y alguien gritó:

-¿Doctor Milton? Es la policía, sabemos que está en casa, abra por favor, tenemos una orden de allanamiento por una denuncia de experimentos sin licencia con animales de corral. Abra o procederemos a entrar por la fuerza y en el acta quedará registrado que usted se resistió al arresto. No lo haga más difícil...

Mientras Milton atendía la puerta y antes de que fuera demasiado tarde, Martín corrió al laboratorio y bebió de un trago el suero azul: un sabor tóxico y dulce, como de detergente con azúcar. La policía arrestó al doctor Milton in situ, llevándose gallos y gallinas como evidencia. El laboratorio fue clausurado y él debió declarar como testigo del allanamiento, pero no fue arrestado por ser menor de edad y estar, a ojos de la ley, en el lugar y momento equivocados.

Los síntomas del suero azul eran aún más agresivos: Martín sentía dolor de estómago y temblores en las piernas. Conmocionado, decidió sentarse en un rincón del

patio mientras rodeaban los corrales con cinta perimetral. Pronto, los efectos del suero comenzaron a irse, y pudo sentir que el murmullo de voces femeninas menguaba. A lo lejos escuchó que de los techos vecinos descendía Susan, la gata muda de Milton que, alarmada por el revuelo, se había quedado mirando todo desde las alturas. Sin fuerzas para buscar el alimento balanceado y mientras se preguntaba si el suero funcionaría, Susan se le subió encima, lo miró y, sin abrir el hocico, maulló:

Dame comida, hermoso.

Ante esto, Martín quiso putear, pero de su boca salió:

-¡Miau!